

Una Nueva Forma de Vivir La Ciudad. ¿Es posible un espacio público propiamente moderno en America Latina?¹

¹ Este artículo se elaboró como parte del trabajo grupal realizado en el primer módulo del Proyecto del Taller de antropología urbana de la UAHC, 2004-2005.

1. La autonomía del espacio público urbano:

Si existe un espacio en la ciudad en el que nos podamos encontrar con una representación ampliada de lo social, este es sin duda el espacio público urbano, entendido como espacio de libre circulación y acceso para una multiplicidad de personas, independiente de su origen, social, étnico, religioso, etc. El circular por la ciudad ha representado, a lo largo de toda la historia de la modernidad, la pertenencia a la sociedad. Este fenómeno adquiere especial relevancia en los espacios centrales de la ciudad; bulevares, paseos públicos, parques y plazas, representan la posibilidad de romper los mecanismos de segregación que imperan en otros espacios, distanciarse de las delimitaciones étnicas, económicas o de otro tipo que dominan nuestra vida diaria.

El modelo de ciudad abierta a la circulación es la piedra fundante de la ciudad moderna. Desde finales de la edad media, la ciudad representó espacialmente la posibilidad de liberarse de los controles feudales, en un contexto de grupos sociales y étnicos heterogéneos, de migraciones constantes y sobre todo, de predominio del comercio. La circulación monetaria adquiría forma humana en el crisol circulante de seres humanos que dieron vida a la nueva ciudad y donde el control de los señores se hacía cada vez más difícil. Según Max Weber (1987) esta atribución de los Burgueses para usurpar los poderes de los señores feudales es un caso único en el mundo, y explica la explosión del crecimiento de las ciudades en Europa, proceso que no ocurrió en Asia por ejemplo, donde las ciudades no lograron tal nivel de autonomía respecto de las jerarquías dominantes.

La ciudad va perdiendo poco a poco sus significaciones rituales, imponiéndose en cambio el predominio de la circulación. Tras la revolución Francesa, se crearon grandes espacios abiertos que pretendían oponerse a la clausura de los espacios construidos y estrechos del antiguo régimen, la ciudad tendió a abrir sus calles a la libre circulación de los individuos, invitados a crear una nueva sociedad. El movimiento de las muchedumbres, por un lado, estimulaba al individuo en la creación de un nuevo orden, por otro, lo protegía de que sobre él recayeran las pesadas herramientas del control que imperaban en otros espacios.

Durante el siglo XIX, la potencia de los espacios urbanos reflejará también la transformación de una sociedad impulsada por fuerzas de deconstrucción de los límites y jerarquías basados en los atributos de la sangre y la emergencia de una nueva sociedad de ciudadanos. Marshall Bermann (1988) describe con maestría como el escenario de una calle de San Petersburgo, la "Nevsky Propect" se transforma en el símbolo, a través del cual, cierta literatura Rusa da lugar al encuentro de personas provenientes de distinto estrato social, que solo en la calle pueden darse el tiempo de desafiar las jerarquías existentes con los movimientos y gestos sutiles que caracterizan al transeúnte; Chocar los hombros con un noble, o empujarlo sutilmente para que este caiga al barro, son gestos finos de ruptura con una sociedad que comenzaba su proceso de descomposición. En ese encuentro momentáneo de figuras no identificadas y móviles, era posible acceder por un instante a otro tipo de relación social.

El mismo Bermann describe como en el siglo XIX, los bulevares recién abiertos por el barón Haussman en París inauguran una nueva forma de vivir la ciudad. En las vías de tránsito peatonal se construye colectivamente el espacio público moderno, y comienza a gestarse, como una modernización "desde abajo" (1988:239), una nueva conciencia del otro y del sí mismo social. Comportamientos hasta entonces reclusos en lo privado (el amor de pareja, por ej.), adquieren sentido público y la modernidad promete a través de la espectacularidad del espacio urbano, expectativas de vida a las cuales todos tendrán derecho a aspirar.

El sujeto moderno, enfrentado a este espectáculo de los otros, se ve a sí mismo como espectáculo y descubre en él, dramáticamente, la realidad patente y expuesta de las diferencias inter-clases, transformándose para siempre la forma de significar los lazos de pertenencia social. Los ricos descubren a los pobres y deben resistir sus roces y sus miradas directas, ciertos signos de status a

los que antiguamente se aferraban para mantener su prestigio tienden a perder efectividad. Los pobres en tanto, comienzan a demandar su derecho a una ciudad sobre la que lentamente adquieren derecho de propiedad. El espacio por un lado, vehiculiza una promesa de cambio, por otro, se abre a la exposición de los obstáculos que impiden su realización. Se trata por lo tanto de la inauguración de una nueva forma de comunicación, sobre la cual descansa la conformación de la ciudadanía, una comunicación que cimienta la relación del individuo libre con el todo social.

El espacio público urbano, se perfila como el espacio abierto a la participación de todos los sectores e identidades sociales en lucha por el acceso a la ciudadanía. Las multitudes comienzan a copar la calle, apareciendo la sociedad en esos espacios, esta vez, en forma de "pueblo". En tanto la calle escenifica las contradicciones sociales fundamentales de una sociedad y hace parte de esa escena a todos los individuos, se transforma en escenario para la confrontación de identidades colectivas, fortalecimiento de organizaciones sociales y demandas de diversa índole al estado. Desde la calle la sociedad le habla al estado.

2. Polis, Civitas y Urbs. Fuerzas en pugna en la ciudad contemporánea:

La ciudad pública, entendida como espacio de libre circulación y accesibilidad, está en un permanente riesgo de ser cooptada por las fuerzas de poderes que se le superponen, formas de poder quizás mucho más complejas que las estructuras de poder con las que se enfrentaba la ciudad medieval. El hombre de la calle debe resistir sobre sí la permanente injerencia del ojo del control y el peso de una sociedad que se niega a ser constantemente cuestionada en esa sucesión de gestos y encuentros cotidianos que construyen nuestro día a día.

Manuel Delgado realiza una distinción útil para analizar este problema. La distinción entre Polis, Civitas y Urbs. La Urbs constituye esa "urdimbre de relaciones deslocalizadas y precarias" (1999:23) caracterizadas por un cierto tipo de comportamiento exterior, o "teatralidad", destinado a defender el espacio personal de lo imprevisto y ocultar frente a los otros la auténtica identidad. Son las relaciones que conforman el orden de "lo urbano" relaciones de tránsito, las que para Delgado, representan una fuerza permanente de deconstrucción de lo social, el "trabajo de la sociedad sobre sí misma" (1999:29), para exponer sus estructuras, deconstruirlas y reconstruirlas una y otra vez de manera incesante.

La Polis, representa la acción de la planificación urbana, es el poder queriendo conformar permanentemente una relación de identidad entre ella y la urbs, ese poder que tiende a hacer de la ciudad el reflejo de la comunidad urbana, sistema jerarquizado e integrado de relaciones sociales y valores culturales específicos, la ciudad de los diseños urbanos, de los monumentos y los sistemas de control. La tercera categoría es propiamente "La Ciudad", la que describe las "territorializaciones elaboradas por una organización social institucionalizada al margen de la administración política y que conformarían las viejas instituciones primarias: parentesco, sistema de producción, religión" (1999:193). Esta triple distinción de las relaciones en la ciudad podría conceptualizarse también como Polis; Administración política, Ciudad; Sociedad estructurada y Urbs; Sociedad estructurándose.

Es la Polis la que permanentemente sueña con una ciudad que refleje armónicamente los trazados de la utopía social, una ciudad diseñada desde arriba, que intenta permanentemente domesticar las pulsiones de un poder social invertebrado que caracterizan a la urbs, visibilizar esa "niebla oculta a ras de suelo" (1999:177) en la que los individuos circulan pero no aparecen y por lo tanto, contienen la libertad de transformarse permanentemente en cualquier cosa. La Polis del realce de la monumentalidad de las formas; edificios públicos, rascacielos, todo aquello que agote las posibilidades de los cuerpos de estimularse en su propio movimiento. La planificación urbana, dirá Sennet (1990) en otro de sus textos, es presa durante todo el siglo XX de una ética protestante del espacio, el espacio del catolicismo medieval era un espacio a vivir y compartir, la urbanización contemporánea tiende en cambio al diseño de espacios estériles, allí donde todo lo externo parece carecer de vida y todo lo realizable está en el interior de uno mismo. La vacuidad de la ciudad moderna refleja a su vez el valor de la introversión al mismo tiempo que contribuye a rigidizar la

segregación espacial y social. Grandes conjuntos de blocks uniformes, barrios absolutamente homogéneos y distanciados unos de otros, debilitamiento del centro urbano ponen en riesgo la pervivencia de una vida pública según el modelo moderno. Es decir, esa vida urbana cargada de un conjunto de ritualidades de discreción, gestos y miradas que a la vez que remarcan la distancia individual enlazan, gracias a esa distancia, al individuo con los otros en sociedad. Es lo que al final de cuentas permite a los individuos vivir la ciudad como un espacio de concreción de la experiencia ciudadana y no como un espacio de crecientes inseguridades y desconfianzas donde lo social ya no se ve.

3. Relaciones públicas urbanas en América Latina:

Las distinciones mencionadas hasta ahora nos sirven para entender como el orden moderno, transformó las relaciones públicas urbanas en un contexto social con cada vez mayor autonomía, regido por sus propios códigos de comunicación. El contexto de estas relaciones se vuelve a fin de cuentas un sistema social diferenciado. Previo al surgimiento de la ciudad moderna, los desplazamientos por la ciudad se enmarcaban en una serie de campos simbólicos; el religioso, el político o el militar. El desplazamiento remarcaba de este modo la pertenencia al colectivo, sin que se produjera hasta ese momento la conformación de un espacio social centrado en las posibilidades de los individuos de remarcar su distancia respecto de los otros.

Si bien en la antigüedad, el Ágora Griega establecía ella mismas, en la estructura del espacio y en las formas de ocupación un contorno delimitado para el ejercicio de la ciudadanía, esta aún estaba restringida a un número delimitado de individuos, una ley superior restringía el acceso de mujeres, niños, súbditos o extranjeros mas allá de esos límites. En la ciudad moderna el espacio convoca a la muchedumbre y la muchedumbre es incapaz de remarcar estas distinciones internas, de ahí que los espacios públicos se vuelvan lugares para sortear los mecanismos de segregación y se vean activamente ocupados por homosexuales, grupos de mujeres, bohemios y todo tipo de existencias ubicadas en los márgenes de la ciudad estructurada.

Solo allí por lo tanto, se hace presente a cada individuo el todo social. Pero ¿Qué milagro produce el consenso fundamental que prima en los espacios públicos, que permite a una multitud inmensa de individuos interactuar con otros sin que impere el caos; respetando espacios, vigilando distancias corporales, consensuando formas de reserva y observación de lo público en las que parecen todos haber concordado de manera implícita? Estamos por lo tanto, hablando de un espacio de relación que necesita necesariamente cerrarse sobre sí mismo, para lograr su plena autorregulación. Creemos que no hay espacio más apto en la sociedad moderna, para pensar lo social sin presuponer lo social que las relaciones en el espacio público urbano. A través de la sucesión de gestos y silencios de los transeúntes, se logra la clausura operativa del sistema. Este gana en indiferencia frente al entorno de modo que ninguna ingerencia interna establezca otros parámetros de diferenciación. Esto permite que las relaciones públicas urbanas sean el modo de autoobservación, quizás paradigmático, de la sociedad moderna, pues la máxima inclusión garantiza a su vez el logro de la observación mas distanciada.

Pensamos que este conjunto de ritualidades características de lo público, conforman un medio de comunicación simbólicamente generalizado. Este conjunto de formas de mirar, tocarse apenas, caminar y distanciarse constituyen a nuestro juicio la forma de este medio, lo que permite a fin de cuentas seleccionar solo aquella forma de comunicación que apelan a la pertenencia abstracta a lo social, evadiendo todos los otros códigos que nos constriñen y segregan en la estructura social o nos someten al ojo escrutador de la administración donde volvemos a ser alguien, un nombre y una historia y no pura sociedad. Creemos además que este medio, contiene un alto poder de coordinación de selecciones, que de otro modo no podrían ser relacionables entre sí y acoplados en una gran amplitud. ¿Cómo explicar de otro modo, que un solo paseo por las calles del centro, un paneo de la mirada, nos permita un veloz cuestionamiento sobre nuestra pertenencia social, nuestros límites, puntos en común y distinciones con aquellos que en ese momento nos parece, es nuestra sociedad? El acoplamiento estricto de este medio se alcanza fundamentalmente por la mirada.

Diríamos que la semántica que define lo social desde esta perspectiva, es la que opone distinción a diferenciación. Tomando en cuenta que la diferenciación obliga a un individuo a establecer patrones más rígidos de distancia con el otro, que apelan a pertenencias colectivas, en tanto la distinción depende solo del lugar en el que esta se realiza. El modo en que Ego se distingue de Alter depende del lugar en el que se esté, la diferenciación trasciende ese lugar, la distinción solo precisa cargar de simbolismo un margen de distancia en el presente. Esa distinción es la clave para transformar a unos respecto de otros en perfectos desconocidos, y con ello provocar espontáneamente el efecto de que todos quienes participan de esas comunicaciones se vean como iguales, sin ingerencias externas que creen diferencias entre unos y otros.

Ahora bien ¿Podemos encontrar esta potencialidad de lo público de forma equivalente en distintos rincones del mundo? En una de sus últimas entrevistas, Manuel Delgado (2004) recalca la importancia de entender que la noción de espacio público es una noción “radicalmente Europea”. En cualquier ciudad del mundo es posible encontrar estas formas de comunicación, pero no al mismo nivel en todas partes. Según su apreciación, en Latinoamérica esto es mucho más difícil que en Europa, pues en este continente “lo que domina no es solamente el Estado sino algo peor, la comunidad” (2004:3) Comunidad entendida como la diferenciación de identidades colectivas que hacen ver activamente sus diferencias en cada rincón de la ciudad. Ambas fuerzas, el estado y la comunidad, establecen otros modos de comunicación que niegan y presionan sobre la expansión de un espacio verdaderamente moderno en América Latina.

Desde la perspectiva de la diferenciación social de sistemas, descubrimos aquí la expresión empírica de lo que Mascareño (2003) ha denominado como “un modelo de diferenciación concéntrica”. Este autor propone una revisión del modelo Luhmaniano de las teorías de diferenciación social de sistemas, pues considera, este no es aplicable a la realidad Latinoamericana. Según Mascareño, en Latinoamérica, la evolución de los sistemas sociales habría seguido no un patrón policéntrico, como el definido por Luhman, sino un patrón concéntrico.

Las diferencias fundamentales entre ambos modelos radican en que lo que se logra plenamente en el primer modelo; clausura operativa de los sistemas e indiferencia frente al entorno, es decir, identidad plena de los sistemas consigo mismos, se logra solo parcialmente en el segundo modelo. “Las posibilidades de selección, son controladas externamente. Esto actúa ya no como mecanismo de reducción de complejidad, sino como una forma de negación de complejidad de instancias en procesos de diferenciación: Consecuencia de esto es que, a raíz de tal control, se desarrollan problemas de identidad sistémica, pues la capacidad de seleccionar comunicaciones relevantes es una condición para la mantención y radicalización de la diferenciación (2003:4).

Mascareño plantea que en América Latina, el sistema político ha actuado históricamente como un sistema dominante, sin su ingerencia, los otros sistemas no pueden concretar las diferencias sistema-entorno, pues en la práctica el logro de su autonomía depende de la reducción de sus propias amplitudes de selección, frente a un sistema dominante que maximiza sus criterios y su racionalidad parcial. “Comunicaciones que no pueden ser comunicadas y Medios de comunicación simbólicamente generalizados que no pueden comunicar lo que deben, son rasgos típicos de un orden concéntricamente diferenciado” (2003:5) En la actualidad, el mercado también comienza a jugar un rol importante junto al sistema político, como sistema dominante.

Lo que observamos en América Latina por lo tanto, es un espacio de comunicación pública en las ciudades, restringido en sus posibilidades de selección y dominado por otros medios, como el medio del poder. Es esto lo que ocurre hoy día en una ciudad como Santiago, en la cual, la apertura del espacio público es rápidamente incluida en una semántica de la inseguridad. El espacio público es seguro o inseguro. Se asume de hecho, que el espacio público, en vez de ser el lugar de todos, es decir, el lugar de la concreción de lo social, es el lugar de la autoridad. Allí la autoridad no solo puede, sino que debe ejercer el máximo control (un control basado en las diferenciaciones de sus ocupantes) para que este sea efectivamente público. Con ello se asume una identidad entre público y poder, negando por lo tanto, toda validez pública a una comunicación

clausurada operativamente por lo social. La comunicación autorregulada por los individuos, queda de este modo restringida a los espacios privados.

A pesar de esta realidad es importante precisar el hecho obvio de que en las ciudades Latinoamericanas si existe un medio de comunicación propiamente público, sin embargo, tal como afirma Mascareño, “la comunicación simbólica puede seguir operando en el ámbito sistémico, pero los sistemas intervenidos pasan a ser orientados en su operar por lógicas externas más que por los propios medios” (2003: 8). Las torres de vigilancia instaladas en los espacios urbanos de nuestra ciudad, no solo generan una comunicación entre los transeúntes y el vigía a cargo, su presencia y su diferenciación (uniforme, posición física, actitud, etc) instauran otro tipo de lógica operacional en el sistema, los transeúntes ya no se pueden ver del mismo modo, el sistema no es completamente indiferente al entorno.

4. Una nueva forma de vivir la ciudad: Relaciones públicas urbanas y movimientos sociales en America Latina:

¿Qué ha ocurrido históricamente en America Latina? Al peso del sistema político dominante, se han opuesto fuerzas que remarcan la “alopoiesis” esto es, heteroproducción de los elementos del sistema. A la fuerza del estado, se han opuesto movimientos sociales que se identifican con el estado. Al Estado como identidad colectiva, se oponen las identidades colectivas de la política. Con esto, las relaciones en el espacio público han quedado atrapadas a la lógica del operar del sistema político, coartándose aún mas la posibilidad de regirse por su propio medio de comunicación simbólica.

Durante mucho tiempo y hasta la actualidad, la ciudad funcionó como el escenario en el cual la sociedad organizada en colectividades institucionalizadas, le hablaba al estado, generaba demandas sobre este y luchaba por el control del mismo. Ya hemos dicho que este uso del espacio público es coherente con la búsqueda de un modo de relación urbano propiamente moderno, el “movimiento” de la modernidad se encarna allí en una multitud, que a pesar de sus símbolos y marcas sigue estando conformada por personajes anónimos, sombras que momentáneamente se congregan para luego volver a dispersarse. Sin embargo, en el instante de su congregación, la multitud busca transformar al movimiento social que ella encarna en un actor político relevante. Como afirma Mascareño, “si las comunicaciones del movimiento social son aceptadas, el movimiento social pasará a reproducir sus elementos y relaciones, su autopoiesis, sobre el código del sistema político: poder/no-poder, y al juego de la distinción gobierno/oposición”. (1995:129).

Sin embargo, ¿Es posible concebir un movimiento social que opere, no en la lógica del sistema político, sino en las propias lógicas del medio simbólico de las relaciones públicas urbanas? Creemos que esto es lo que esta ocurriendo con un conjunto de nuevas organizaciones sociales urbanas que se han generado durante la década de los noventa en Chile. Como ejemplo, tomaremos dos casos:

1. “Ciclistas Furiosos” Organización que demanda el derecho a la libre y segura circulación en bicicletas por la ciudad y lo hace a través de una cicletada masiva y silenciosa por distintos circuitos del Sector Oriente de la capital una vez al mes.
2. Santiago Amable: Genera irrupciones en espacios públicos deteriorados de la ciudad, donde realiza encuentros en la vía pública, con diversidad de expresiones sociales, artísticas, culinarias, que desaparecen una vez terminado el acto.

Estas organizaciones se caracterizan por un conjunto de elementos mediante los cuales, buscan establecer una ruptura con la historia de los movimientos sociales institucionalizados que han primado hasta este momento. Sus estructuras de funcionamiento son abiertas, es decir, en sus actividades pueden participar todos los que quieran, independientemente de su edad, origen étnico, político, ideas religiosas, ideologías, etc. Los participantes pueden entrar y salir cuando gusten. No tienen jerarquías fijas sino contingentes, de acuerdo a las actividades que se conciban.

No hay por lo tanto, líderes claros. Son estructuras horizontales. Respecto a sus formas de expresión pública, aunque aspiran a influir en el entorno, incluido en las autoridades, desconfían de todo sistema de diálogo con el estado y no conciben la posibilidad de nombrar a representantes para que dialoguen de manera estable con los representantes del mismo. No aspiran a dejar memoria de su nombre en los actos que realizan, evitan las consignas, pancartas y todo objeto de diferenciación con otros. Se fusionan con otras organizaciones de otro o del mismo tipo. Se trata por lo tanto, de un modo de relación muy equiparable al que caracteriza a los transeúntes en la vida pública, participaciones individualizadas, móviles, des-jerarquizadas, pero potentes en cuanto a las posibilidades de cuestionamiento a las estructuras existentes.

Respecto a sus formas de manifestación pública, también reproducen lo que podríamos llamar, el patrón relacional del transeúnte. Ciclistas Furiosos es quizás el que lo formula de manera mas clara, se trata de la puesta en acto de un derecho que es propio del transeúnte; el de desplazarse libremente en bicicleta por la ciudad. Es en definitiva, la demanda de un derecho a la circulación efectuada individualmente. Esta demanda sin embargo, no se expresa en una proclama directa al estado, se expresa en la misma acción que se busca demandar. Como si en ese acto, se estuviese rayando sobre el trazado que ya muchos han hecho pero que ha sido suprimido por otras lógicas de operación sistémica. Este trazado por lo tanto, parece relevar la importancia de contornear el espacio de una sociedad que todavía puede autodescribirse a sí misma, en la calle, a pesar del peso de los sistemas dominantes de la política y el mercado.

Cuestión similar ocurre con la organización "Santiago amable". Sus acciones están efectuadas en gran medida desde el anonimato. Se busca reanimar la ciudad, y oponerse al dominio de la semántica que nubla las relaciones en el dualismo seguridad-inseguridad. Son acciones en las que los actores de la organización, no se ven y apenas se reconocen. La organización se encarga de crear las condiciones para que en un punto específico de la ciudad, la sociedad vuelva a la calle, luego se esfuma pues expresa desconfianza por las acciones asentadas en un territorio, en tanto esto los obligaría necesariamente a adquirir un protagonismo y una visibilización a la que no están dispuestos. Es una acción en la calle que en definitiva ritualiza el ejercicio de actuar desde el rol de desconocidos para animar efectivamente a la ciudad.

¿Qué actores están detrás de estas dos organizaciones? Sencillamente individuos. Individuos en una multiplicidad de actividades diversas que confluyen en un punto determinado de la ciudad o individuos sobre bicicletas transitando por las calles de la ciudad. No hay actores colectivos identificables detrás de estas organizaciones y sus ritos. Vemos en este fenómeno un proceso de evolución de la autopoiesis del sistema de las relaciones públicas urbanas, respecto del sistema político y económico.

Bibliografía:

Bermann Marshall. "Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad". Siglo Veintiuno, Madrid 1988.

Delgado, Manuel. "El animal público. Para una antropología de los espacios urbanos" , Anagrama, Barcelona 1999.

Delgado, Manuel. Entrevista, revista de cultura urbana, www.culturaurbana.cl, N1, Agosto 2004.

Mascareño, Aldo. Teoría de Sistemas en América Latina. Conceptos fundamentales para la descripción de una diferenciación funcional concéntrica. Revista Persona y Sociedad. Vol. XVII, N2, Agosto 2003.

Mascareño, Aldo. Sistema político, estado y movimientos sociales o cuando la sociedad se describe en protesta sobre si misma. Aldo Mascareño. Estudios sociales, N48, trimestre 2. 1995.

Sennet, Richard. Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental. Alianza editorial., Madrid, 1997.

Sennet, Richard. La conciencia del ojo. Editorial Versal, Barcelona,1991.

Weber, Max. La ciudad. Ediciones de La piqueta. Madrid, 1987.

Paulsen, Barbara. "Santiago amable". Revista virtual "La tribu". www.tribu.cl/culturaurbana/santiago_amable.htm - 32k.

www.mfc.cl. Página web, Organización "Furiosos Ciclistas".